

Ciberalumnos

Vale. Pónganle al alumno un portátil encima de su mesa. Alecciónenle sobre las ventajas innegables de las nuevas tecnologías. Explíquenle que el futuro no pasa por el ladrillo, que ahora es cosa de derechas aunque hace año y medio el Gobierno presumía de economía pistonuda. Háganle ver muy didácticamente que ahora todo va a derivar hacia otros medios productivos establecidos, cómo no, por decreto, lo que milagrosamente va a traer como inmediata consecuencia que los cientos de miles de parados de la construcción ahora van a construir circuitos integrados, o algo así.

Ponderen al niño lo interesante de abrir esas ventanas que te comunican y te acercan a un mundo complejo, vivo, riquísimo en matices. Anímenle a asomarse a través de ellas: les espera un caudal de conocimiento que, aunque con cuidado, es muy aprovechable y elimina dificultades que antes hacían inviable tantas cosas.

Felicítense todos por la nueva era de la comunicación y de la información. Comparen ante los educandos los medios antiguos con los modernos. Enfrenten pupitre de madera vieja, lapiceros mordisqueados, tinteros, obsoletos mapas de España, maestros con palmeta, libros desgastados por el uso, plumierres, y demás utensilios arcaicos con la frescura de un ordenador portátil, oh primor, que te permite hacer unos soberbios trabajos (¡qué buena cosa esa del cortar y pegar, oiga!) y te convierte en un usuario del más rabioso y feliz presente.

Pero tómense también la molestia, digo yo, de

explicarle al ciberalumno que el ordenador no es un fin en sí mismo, sino una herramienta; que, bien usado, libera de tareas repetitivas y proporciona medios que agilizan nuestro trabajo y nos dotan de informaciones sustanciosas. Eso sí, no se trata de coger lo que uno encuentra en la red y trasladarlo al papel. La cosa es asimilar, integrar datos, comprender... En definitiva, estudiar, ¿verdad, usted?

Añadan, si les peta, que en las clases no hay por qué meterse en eso del Tuenti, que no sé qué rayos es, ni puñetera falta que me hace, pero que es tan del gusto de los mozos. Y quizá tampoco fuera de las aulas sea buena cosa, no lo sé.

Díganle, suavemente y con buenos modos, que las aulas no son el recreo. Que los maestros y profesores merecen un cierto más bien un mucho respeto. Que no pasa nada por llamar de usted a las personas mayores. Que frente a tantos derechos como ahora se tienen, hay unos deberes correlativos. Háganle ver muy pedagógicamente que los maestros ya no es que se quemen, es que arden. Que ansian muchos la jubilación LOGSE, dejando de lado la vocación de años, porque el ambiente se está volviendo irrespirable.

Proyéctense en las flamantes pantallas de los portátiles presentaciones que digan que la urbanidad no es un concepto caduco. Que el que no quiera estudiar no moleste, aunque esté obligado a permanecer en los institutos. Que cuente borreguitos y se duerma, que haga crucigramas o que piense en los méritos del Barça, que es algo interesante y muy de moda. Pero que se calle.



Porque quedan aún muchos, muchos, que quieren estudiar. Que si les dan un portátil lo aprovecharán, seguro, como esa herramienta a la que antes me refería. Que saben que el futuro se juega ahora, y se esfuerzan en aprender lo poco o mucho que la LOGSE les permita. Y que tienen las suficientes narices para dejar el ordenadorcito en un rincón y ponerse, como toda la vida, manos a la obra con los codos bien hincados en la mesa. Porque saben, no se confundan, que el esfuerzo conduce al éxito. Y con ellos aún hay muchos maestros y profesores que quieren enseñar. Sin tantas puñetas, oiga.

Juan Carlos Fernández
www.juancarlosfernandez.es